

# El vuelo del dragón

Mario Méndez

Ilustraciones de Lucas Nine









[www.loqueleo.santillana.com](http://www.loqueleo.santillana.com)

© 1996, 1997, 1998, 2001, MARIO MÉNDEZ  
© 2001, 2010, 2013, EDICIONES SANTILLANA S.A.  
© De esta edición:  
2015, EDICIONES SANTILLANA S.A.  
Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)  
Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4330-2  
Hecho el depósito que marca la ley 11.723  
Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: octubre de 2015

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA  
Ilustraciones (originales a color): LUCAS NINE

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN  
Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHURRILLAS Y JULIA ORTEGA

Méndez, Mario

El vuelo del dragón / Mario Méndez ; ilustrado por Nine Lucas. - 1a ed. . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2015.

112 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Morada)

ISBN 978-950-46-4330-2

1. Literatura Infantil y Juvenil Argentina. I. Lucas, Nine, ilus. II. Título.

CDD A863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE 5.500 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE OCTUBRE DE 2015 EN ARCÁNGEL MAGGIO – DIVISIÓN LIBROS, LAFAYETTE 1695, CIUDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.

# El vuelo del dragón

Mario Méndez

Ilustraciones de Lucas Nine

loqueleq



# Introducción

**H**ace muchos, muchísimos años, la Tierra estaba poblada de aldeas de campesinos y artesanos, y de fuertes castillos donde los príncipes, duques y condes se codeaban día a día con magos, brujos y alquimistas. En esos tiempos, las altas montañas y los espesos bosques estaban habitados por seres que hoy casi no aparecen entre nosotros: hablo de duendes, enanos y elfos, y también de basiliscos, unicornios y dragones.

Esta historia, que empieza en una oscura cueva repleta de joyas, es la historia de uno de estos seres, un enorme y poderoso dragón.

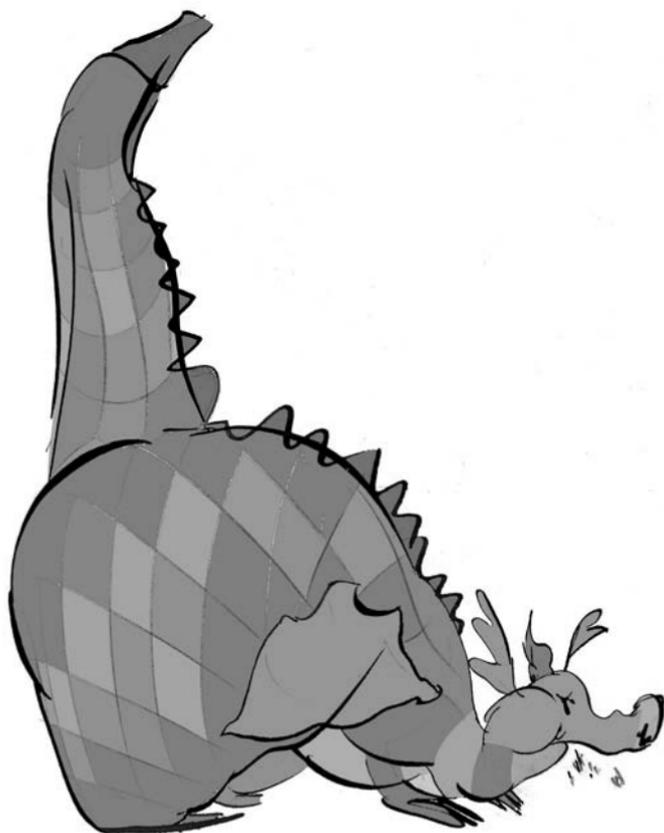
Esta es la historia de Orff, el dragón de la Montaña Blanca.

La fabulosa historia de su largo vuelo de ida y vuelta.



# I

## El dragón, la doncella y el caballero





**E**l enorme, monstruoso, impresionante dragón abrió uno de sus ojos e inspeccionó la oscura cueva. Aquí y allá brillaban las joyas y las antiguas monedas, valiosísimas, del tesoro que la fantástica bestia custodiaba. El dragón —una especie de descomunal lagarto recubierto de escamas duras como el hierro, con la cabeza algo parecida a la de un caballo, patas cortas y fuertes, pezuñas poderosas y gigantes— abrió su otro ojo y se desperezó muy lentamente. Había dormido cerca de cien años enroscado sobre el tesoro y le dolían todos los huesos. Su enorme boca se abrió en un largo bostezo y su aliento, saliéndole de la boca como una llamara-da, chamuscó parte de la pared y derritió una vasija que había quedado tirada en un

rincón. Meneó la cabeza contrariado, y dio su primer paso. Con ese paso no solo crujieron sus huesos: la montaña entera crujió también, conmovida por el peso descomunal del monstruo. Antes de salir de la cueva, el dragón echó una distraída mirada al tesoro y asomó la cabeza. Su delicado oído percibió un ruido como de cientos de tambores y miró hacia la cueva, sobresaltado. Esperó un momento y volvió a oír los tambores, pero esta vez ya no se sobresaltó: el ruido provenía de sus propias tripas, que reclamaban por alimento. Orff, el gigante de la Montaña Blanca, había dormido mucho y ahora, inevitablemente, debía comer.



Todos los habitantes del pueblito del valle se encontraban reunidos en la única plaza cuando, desde la Montaña Blanca, llegaron los ecos del despertar de Orff. Un griterío unánime, producido por el terror

del pueblo entero, ascendió de la plaza. Las gentes de la aldea no habían querido escuchar al mago que les había predicho la llegada del dragón, y ahora era demasiado tarde para huir. Pronto tendrían noticias del horrible animal y debían prepararse.

—Que vengan las doncellas —gritó el anciano más anciano del pueblo, el único que recordaba las viejas leyendas—. Debemos elegir a una de ellas para aplacar la furia del dragón, es la única manera.

Rodeadas por sus familiares y vecinos, veinte muchachitas se abrieron paso hasta el centro del gentío. Sabían que estaban destinadas a servir de ofrenda al dragón, y no tenían escapatoria. Algunas pocas lloraban, pero las demás estaban resignadas a su suerte. El anciano más anciano del pueblo repartió unas maderitas entre las muchachas y pidió silencio. Todo el mundo contuvo el aliento esperando que la madera más corta señalara a la primera

sacrificada. Las veinte doncellas mostraron sus tablitas: la elegida había sido Däfne, la más hermosa del pueblo. Con lágrimas en los ojos sus propios padres la subieron a un carro, y todos los pueblerinos, silenciosos y aterrados, partieron detrás del carro hacia la base de la montaña, donde Däfne sería abandonada.



Ajeno a los movimientos del pueblito, muerto de hambre y todavía bostezando de vez en cuando, Orff recorría la comarca. Torpe para caminar, cada tanto levantaba vuelo y adquiría en el aire la agilidad que le faltaba en tierra. Sus aletazos producían polvaredas y el aliento de fuego derretía los árboles a su paso. Por fin avistó desde la altura lo que estaba buscando y se lanzó sobre su alimento: un espacioso prado cubierto de tréboles. El trébol era su comida predilecta.



Llorando lo más silenciosamente que podían, los habitantes del pueblito bajaron del carro a la hermosa doncella y, a pesar de que Däfne prometió que no se iría, de todos modos la ataron a un poste en la base de la Montaña Blanca pues, según dijo el anciano más anciano, así lo mandaban las costumbres. Apenas habían terminado de atarla cuando el retumbar de los pasos de Orff, que volvía a su guarida, los heló por un momento; al instante siguiente todos, sin excepción, huyeron corriendo a refugiarse en sus casas, dejando a la pobre muchacha a merced del dragón.

Orff había comido tanto que no podía volar. Caminaba pesadamente hacia su cueva, cuando un agudísimo grito le lastimó los tímpanos. Däfne lo había visto llegar y gritaba con desesperación. Orff, que como todos los dragones tenía el oído muy fino, retrocedió espantado, sorprendido de que esa criatura tan pequeña pudiera

hacerse oír de tal manera. Cuando Däfne dejó de gritar, picado por la curiosidad, Orff se aproximó unos pasos: de inmediato la muchacha reanudó su griterío y el dragón volvió a retroceder, disgustado. Al rato, cuando cesaron los alaridos, Orff se acercó de puntillas, inútilmente: al verlo, la muchacha abrió la boca para repetir una vez más sus agudos chillidos. Orff retrocedió. Las hectáreas de tréboles le pesaban en la panza y si quería irse a dormir lo más pronto posible tenía que ponerle remedio al problema. Se asomó por detrás de una piedra y en cuanto vio que la joven abría la boca, él mismo abrió su bocaza humeante y Däfne, demasiado asustada hasta para seguir gritando, cerró la suya de inmediato. Conteniendo la respiración para no incendiarla, Orff acercó la enorme cabezota a la muchacha, la miró de arriba abajo y retrocedió unos pasos para volver a tomar aire. Ni Däfne ni Orff entendían nada de lo que estaba pasando. La muchacha no comprendía por qué el enorme dragón no se la comía de